

## CAPÍTULO V

## EL CORONEL DE LOS CORONELES

La jornada no había sido feliz para Arroyo. No parecía sino que el regreso súbito de su más implacable enemigo, el coronel Tres Villas, hubiese sido la señal de la serie de calamidades sucesivas que experimentó aquel día.

Diez hombres de su banda habían perecido á causa de la salida de los sitiados del Valle; don Rafael había matado á otros dos y se había escapado de todas las persecuciones. Gaspar y el Zapote no habían sido cogidos á pesar de sus órdenes.

El humor sanguinario del guerrillero creció con estos contratiempos y para dar algún alivio á su cólera, resolvió apoderarse sin más tardanza de la hacienda de San Carlos. Además de que los consejos de Bocardo habían germinado en su espíritu y habían hecho nacer deseos que quería satisfacer, la hacienda podía convertirse para él, fortificándola un poco, en una guarida inexpugnable.

Arroyo ignoraba qué resistencia encontraría y resuelto á intentar un asalto furioso con todas sus fuerzas reunidas contra la hacienda del Valle cuando se hubiese apoderado de San Carlos, llamó al destacamento que bloqueaba á aquélla y á la cabeza de toda su guerrilla,

compuesta más ó menos de ciento treinta hombres, marchó contra la de San Carlos.

Esto explica cómo pudo el capitán Lantejas aproximarse al Valle sin caer en manos de los bandidos de Arroyo y atravesar el vado momentáneamente abandonado por su jefe.

Por numerosos que fuesen los criados de don Fernando Lacarra, no pensó en oponer la más leve resistencia á la conminación que se le hizo de abrir las puertas de su hacienda.

Habiendo vivido hasta entonces en perfecta neutralidad y siendo muy conocido en el país por sus sentimientos simpáticos á la insurrección, el joven español esperaba que se hallaría libre de todo atentado mediante una fuerte ración de víveres y de dinero. Sin embargo, aunque ignoraba las disposiciones de Arroyo respecto á doña Marianita, juzgó prudente ocultarla, para sustraerla á la vista de los bandidos, en una de las recámaras más escondidas de la hacienda en donde nadie habría podido hallarla, á menos de entregar al pillaje toda la casa.

A esta precaución añadió la de decir al capitán que doña Marianita estaba ausente.

Desgraciadamente para él, las cosas se verificaron de otro modo, pues vióse cogido entre las exigencias de los dos bandidos: el uno quería á su mujer, y el otro, no una ración sino toda su casa con las riquezas que contenía, las que la fama había aumentado, como sucede de ordinario.

Fué en los momentos en que el joven español trataba inútilmente de salvar á su mujer y su dinero de la doble avidez de los bandidos, que aquellas extrañas llamas que iluminaban los vidrios de la hacienda, llenaban de terror supersticioso el alma de don Cornelio.

Las antorchas desaparecieron de la terraza de la hacienda, cuando él se preguntaba aún lo que podían significar aquellos siniestros resplandores y aquella blanca fantasma que durante algunos instantes se mostrara ante sus ojos.

Al mismo tiempo, cuatro ó cinco jinetes salieron al

galope por la puerta que se abría. Esos jinetes lanzaban gritos salvajes; y sin duda uno de ellos distinguió al capitán, pues un relámpago brilló en sus manos, una detonación siguió al relámpago y don Cornelio oyó el silbido de una bala que pasó cerca de su cabeza.

Perplejo hasta entonces acerca de si debía huir ó esperar á todo riesgo el regreso de sus compañeros, el capitán ya no vaciló desde aquel momento.

Después de todas sus malaventuras causadas por las economías paternas, don Cornelio cobró horror por los caballos mediocres. Así pues, había adquirido uno excelente; y sabiendo que era buen corredor, lo picó con las dos espuelas, dejando que tomara la dirección que le pluguiese, aunque en sentido contrario al que traían los jinetes quienes por su parte, se pusieron en su persecución exhalando grandes gritos.

Olvidando á Costal y á Clara el capitán huía como el viento; y montado como se hallaba, indudablemente habría escapado á la persecución de los jinetes si su caballo no hubiera caído al chocar en la obscuridad contra las raíces salientes de un enorme árbol.

Fué tan brusca y tan violenta la caída, que don Cornelio salió por las orejas del caballo; y solamente la suavidad de la tierra en que tuvo la suerte de caer, evitó que se le rompieran los huesos. Por desgracia no pudo levantarse con tanta prontitud para impedir que uno de los jinetes que le perseguían le arrojara el lazo que se arrolló á su cuerpo.

¿De quién era prisionero el capitán? Esto era lo que ignoraba en la incertidumbre acerca de quiénes eran los poseedores de la hacienda de San Carlos. Cuando pudo tenerse sobre sus piernas, oyó una voz que le dirigía esta difícilísima pregunta: ¿« España ó independencia »?

Durante el momento de silencio que don Cornelio guardó antes de responder categóricamente, se reunieron otros tres bandidos al hombre que lo había amarrado por los brazos, mientras que el quinto se ocupaba en coger al caballo fugitivo del capitán.

Un círculo amenazador se formó alrededor de don Cornelio.

Las caras de los que lo rodeaban eran por lo menos sospechosas y parecían de lo más siniestras.

— ¿« España ó independencia »? — repitió uno de ellos.

Ignorando qué partido seguían aquellos desconocidos y conminado tan bruscamente á enseñar su bandera, el capitán nada respondió otra vez á la nueva pregunta.

— ¡ Bueno! — dijo uno de los agresores — éste sin duda es el camarada de los otros dos; llevémoslo á la hacienda como á ellos.

A estas palabras don Cornelio fué colocado sin ceremonia en los brazos de otro, pues sus ligaduras le imposibilitaban para dar paso.

— ¡ Toma! — exclamó éste reconociendo el color de su piel. — ¡ Este es blanco!

— Blanco, negro y colorado; no falta más que un mestizo en la colección — agregó un tercero.

Así fué cómo supo el capitán que sus dos compañeros habían caído en una emboscada y que eran prisioneros lo mismo que él.

Ignoraba todavía, sin embargo, si se trataba de realistas ó de insurgentes, y resolvió asegurarse de ello.

— ¿ Qué quieren conmigo? — preguntó con voz emocionada.

— Poca cosa — respondió un jinete: clavar tu cabeza en lugar de la de Lantejas.

— ¡ Caramba! — exclamó don Cornelio. — Soy yo quien soy el insurgente Lantejas enviado por Morelos á Oaxaca!

Carcajadas de salvaje risa acogieron esta declaración.

— ¡ Demonio! — dijo el quinto jinete reuniéndose á sus compañeros. — ¡ Qué me ha costado coger este maldito caballo! Por fortuna que vale la pena.

No era desconocida para el capitán esta voz; y esperó algo favorable. Pero muy pronto tuvo que renunciar á esta esperanza.

— ¡Alabado sea Dios! — exclamó el jinete. — Aquí está mi dolmán.

Don Cornelio no pudo menos de reconocer al pícaro que por la mañana encontrara tan de su gusto su dolmán bordado, en una palabra, al Gaspacho.

— ¡Qué feliz encuentro! Este dolmán está muy grande para Ud., amigo — continuó el bandido.

Y hablando así, el Gaspacho se quitaba sus vestidos usados; y era aquello muy significativo para que el capitán no lo comprendiera.

— Tal como está me gusta — se apresuró á decir el capitán.

— ¡Ta, ta! — respondió el bandido.

Y sin que don Cornelio se atreviera á oponerse, el Gaspacho le arrebató rápidamente el dolmán de los hombros.

— A fe que cuando ya no se tiene cabeza, es inútil el sombrero — dijo otro.

El sombrero del capitán siguió al dolmán y cuando ambos objetos pasaron á la cabeza y á los hombros de los bandidos, como nada quedaba ya que tentase su avaricia, le quitaron el lazo y recibió orden de seguir á sus capturadores; lo que hizo dócilmente pensando que la presencia del Gaspacho entre ellos, anunciaba que pertenecían á la banda de Arroyo.

— ¿Veré al capitán? — preguntó.

— ¿Qué capitán?

— ¡Arroyo!

— ¡Ah! ¿Tiene Ud. algo que hacer con él? ¡Es extraño! ¡Bueno! Ud. lo verá muy pronto.

Los bandidos se pusieron en marcha hacia la hacienda con el capitán en medio de ellos por distinto camino del que él siguiera la primera vez.

Al aproximarse al edificio, don Cornelio vió aún brillar tras los vidrios los extraños fulgores cuya naturaleza no había podido explicarse.

En efecto, eran extraños, pues un incendio interior habría hecho estallar desde mucho antes los vidrios y consumido la hacienda.

Bastó un cuarto de hora de marcha para llegar hasta ella.

La puerta estaba cerrada; y uno de los hombres que escoltaban al capitán la golpeó con el pomo de su sable, deslizando por la cerradura una palabra de orden que don Cornelio no comprendió.

Lo único que comprendió fué que llegaba el momento en que, de buen ó mal grado, debía cumplir la comisión que le llevara hacia Arroyo; y como con frecuencia sucede que el peligro en perspectiva es más espantoso que el peligro presente, se sintió al llegar, desembarazado de una parte de sus temores.

La puerta giró sobre sus grandes goznes para dar paso á la tropa de jinetes, en medio de los cuales don Cornelio entró bajo un sombrío vestíbulo y luego á un vasto patio.

En este patio brillaban los fuegos diseminados como en un vivaque y al rededor de los fuegos, destacábanse los hombres de caras espantosas como en número de cien, recostados sobre su dorso.

A lo largo de las paredes los caballos completamente ensillados, á excepción de los frenos que colgaban de los arzones de las sillas, pastaban su pienso de maíz en cañas de madera.

Por todos lados, los vivos fulgores de las numerosas hogueras, iluminaban haces de carabinas, de lanzas ó de espadas; y don Cornelio no pudo menos de temblar al aspecto de aquellos bandidos de saqueo y cuerda en su pintoresco cuanto terrible atavío.

La mayoría de ellos ni siquiera se dignó de conmoverse á la llegada de un prisionero más; sólo uno se recogió descuidadamente sobre el codo y preguntó al Gaspacho con qué fin lo habían enviado á batir la llanura á aquella hora de la noche.

— Se sospechaba — respondió el Gaspacho — que el ama de la casa que su marido decía estar ausente, acababa de escaparse por la ventana. Hemos buscado y regresaríamos con las manos vacías, si no hubié-

ramos encontrado por su suerte, á este espía del virrey que pretende hacerse pasar por nuestro camarada Lantejas.

— ¿Cómo por su suerte?

— ¡Demonio! Puesto que lo van á enviar al paraíso á rogar por el capitán y su mujer.

— ¡Ah! En efecto, ¡es chistoso!

El hombre se recostó.

Los compañeros del Gaspacho se reunieron á los soldados acostados en el patio; y don Cornelio subió solo con él las gradas de una larga escalera de piedra.

Llegados frente á una puerta tras la cual se oía un gran tumulto acompañado de gritos de dolor, el bandido la abrió y lanzó sin ceremonias á don Cornelio en medio de una gran sala, cuya atmósfera abrasada estuvo á punto de sofocarlo.

Dos ó tres tederos de hierro fijos en la pared y en los cuales había sendas antorchas de resina, arrojaban una luz pálida, pues su fulgor rojizo palidecía ante las llamas deslumbradoras de un barril de aguardiente que se quemaba. El calor, el olor de sangre y los efluvios del alcohol, cuyas llamas producían por fuera las claridades que tan singularmente brillaban tras los vidrios, se mezclaban de horrible manera en aquel salón. Sin embargo, no fué esto lo que más asombró al capitán, cuando sus ojos se fueron acostumbrando un poco á la claridad del aguardiente en combustión.

A través de una fila de espectadores que parecían asistir con el más vivo placer á la escena que se representaba ante sus ojos, el capitán vió á un desgraciado desnudo y atado á una escala que se apoyaba contra la pared. Un hombre de aspecto feroz y en cuyo rostro inflamado se reflejaban los fulgores violáceos que lanzaba el aguardiente al quemarse, vapuleaba con un fuste de cuero de varias ramas y con golpes redoblados en las espaldas del paciente y de cuando en cuando se limpiaba en la pared la sangre que saltaba hasta sus manos. Según las innumerables manchas que ensuciaban la pared, podía

creerse que aquel cruento suplicio duraba desde hacía tiempo ó que había sido infligido á muchas víctimas. Al lado de este hombre á quien Lantejas tomó por un verdugo de profesión, una mujer de aspecto más odioso aún que el de aquel miserable, excitaba con sus gritos á redoblar la crueldad; y sin embargo, bien sabe Dios que el flagelador no necesitaba que lo alentaran!

Viendo el Gaspacho que no hacían caso de él, exclamó al cabo de algunos momentos:

— ¡Señor capitán! Le traigo al compañero del negro y del Indio.

Con gran sorpresa de don Cornelio, respondió á este título de capitán, el hombre á quien tomara por verdugo de profesión.

— ¡Está bueno! Luego voy á él, cuando este *coyote* haya confesado en dónde están sus tesoros y su mujer.

El fuste silbó de nuevo sobre las carnes del paciente sin que dejara oír sino sordos gemidos.

Se habrá adivinado sin dificultad por las palabras de Arroyo que la víctima de su barbarie no era otro que el yerno de don Mariano Silva, don Fernando Lacarra.

Era en efecto el pobre joven que se dejaba matar bajo el látigo antes de indicar el punto en que depositara á su esposa y sus riquezas, no porque asignara á éstas el mismo valor que á aquélla, sino porque en el mismo lugar se ocultaban una y otras.

Insensible á este doloroso espectáculo, el Gaspacho, después de advertir al capitán de la llegada de don Cornelio, salió del salón para reunirse á sus compañeros que vivaqueaban en el patio.

En cuanto al capitán, el horror había hecho presa de él; y sus piernas temblorosas casi se negaban á sostenerle de pie.

Aparte de la profunda compasión que le inspiraba la suerte espantosa de don Fernando, pensó que Costal, su intrépido defensor, estaba muerto sin duda lo mismo que Clara; y que no tardaría en llegarle también su turno.

En tanto que rodaba en su espíritu una ola de tristes pensamientos, un hombre á quien los turbados ojos de don Cornelio no habían visto aún, hombre de mirada torva como la del chacal, avanzó hacia él con el tortuoso paso de ese animal feroz.

Aunque su aspecto nada tuviera de tranquilizador, parecía sin embargo menos feroz que sus feroces compañeros : y don Cornelio le vió acercarse casi con júbilo.

Aquel júbilo no habría de ser sino de un momento.

Cuando el personaje del ojo bizco se halló cerca del capitán :

— Mi buen amigo — le dijo en tono zumbón — sus vestidos son demasiado ligeros, me parece, para presentarse ante personas de distinción.

Lantejas, en efecto, gracias al desprendimiento de los bandidos, apenas tenía su camisa y las calzoneras demasiado maltratadas por su brutalidad. Aunque el hipócrita acento comenzó á inspirarle casi tanto terror como el aspecto irritante del otro jefe, pensó que el tiempo era demasiado precioso para seguir temblando sin explicarse.

— ¡ Señor capitán ! — exclamó.

Pero el jefe de cara de chacal le interrumpió :

— ¡ Llámeme Ud. señor coronel de los coroneles ! Es un título al cual tengo tanto más derecho cuanto que me lo he conferido por mi autoridad exclusiva y nadie tiene poder para quitármelo.

— Señor coronel de los coroneles, si sus hombres no hubieran tenido el cuidado de despojarme de un hermosísimo dolmán bordado y de un sombrero de vicuña galoneado de oro, Ud. me encontraría menos ligeramente vestido. Pero no es de esto de lo que se trata : tengo otros agravios más serios que exponer.

— ¡ Diablo ! mi buen amigo ; un dolmán bordado y un sombrero de vicuña galoneado de oro, es importante y eso debe de hallarse : son dos cosas que precisamente me hacen falta...

— Me quejo de una violencia injustificada. Me llamo

Lantejas, estoy al servicio de la junta de Zitácuaro bajo las órdenes del ilustre Morelos y soy capitán como lo prueba mi comisión...

Un pensamiento repentino y terrible interrumpió á don Cornelio. Acababa de acordarse por la primera vez que su comisión, sus despachos, sus cartas de crédito, todo, en una palabra, se encontraba entre el forro de su chaleco que tan rápidamente le habían robado.

— ¡ Ud. se llama Lantejas, mi buen amigo ! — exclamó el coronel de los coroneles con pasmo. — Esta es buena fortuna... (el capitán respiró) para nosotros y Ud. se va á convencer de ello.

Este diálogo se verificaba cerca de una mesa recubierta con un zarape de lana que el jefe de los bandidos levantó ; y don Cornelio tembló al ver tres cabezas que descansaban sobre ella.

— Tenga, mi buen amigo, aquí está la cabeza de nuestro amigo Lantejas que acabamos de descolgar con las otras dos del portón de la hacienda del Valle. ¿ Concibe Ud. cuánta felicidad es... para nosotros poder poner en lugar de la cabeza del Lantejas insurgente la del Lantejas realista ?

— ¡ Pero ésta es una equivocación ! — exclamó el capitán enjugándose con el dorso de la mano el frío sudor que brotaba de su frente. — ¡ Tengo el honor de servir la causa de la independencia !

— ¡ Bah ! Todo el mundo dice lo mismo, amigo mío ; y á menos de pruebas evidentes...

— Esas pruebas están entre el forro del dolmán que me quitaron.

— ¿ Quién cogió ese dolmán ? — preguntó el jefe.

— El Gaspacho — respondió el capitán que sabía el nombre del que lo había llevado.

— ¡ Esa sí que es mala suerte ! — exclamó el coronel de los coroneles. — El Gaspacho recibió órdenes de salir á toda prisa para Las Cruces. ¿ Quién sabe si vendrá hasta dentro de ocho días ? A Ud. le quitarán la cabeza y á mí el dolmán que tan bien me habría venido porque

somos de la misma estatura. ¡Vamos; yo pierdo más que Ud., mi buen amigo!

Un grito terrible resonó en la sala; era el último grito del desgraciado á quien flagelaban: se confesó vencido y se desvaneció. En aquel instante el barril de aguardiente inflamada arrojó un último fulgor y se apagó. A la rojiza claridad de las antorchas, el capitán ya no vió sino sombras vagas que dijéranse sombras de demonios. En medio de una atmósfera calentada por el alcohol, y entre aquellas sombras, distinguió la del feroz capitán que avanzaba hacia él como el jaguar que relame sus saugrientas fauces; y oyó una voz ronca que decía:

— ¡Que traigan al espía mientras el otro se reanima!

— Aquí está compañero — respondió Bocardo y avanzaron el uno hacia el otro llamándose por sus nombres.

— Vamos, mi buen amigo, ahora le toca á Ud. Naturalmente, el látigo le hará confesar que Ud. es espía del virrey; después, naturalmente también, se le quitará la cabeza. Así pues, le aconsejo que lo confiese todo desde luego.

Mientras Bocardo hablaba de tan espantosa manera, Arroyo con el rostro resplandeciente por el horrible placer que acababa de darse, contemplaba á Lantejas con ojos chispeantes.

— ¡Confíeselo todo inmediatamente — le dijo — y que esto acabe! ¡Estoy cansado!

— Señor Arroyo — exclamó don Cornelio — soy capitán y enviado por Morelos para transmitirle...

El capitán no se atrevió á cumplir la parte de su comisión relativa á las severas advertencias que se le había encargado de llevar á los dos sanguinarios jefes.

— ¿Las pruebas? — dijo Arroyo.

— ¡Me han robado mis papeles!

— Tanto peor para Ud. ¡Hola! ¡Mujer! — continuó el jefe. — Ven acá: tú te encargarás con el látigo de hacer confesar á este espía los culpables designios que le trajeron entre nosotros.

— En el acto — respondió la marimacho á quien don

Cornelio había visto al entrar y que no era otra sino la mujer de Arroyo. — El coyote se reanima y confiesa.

— Que lo traigan aquí — replicó el guerrillero.

Se apresuraron á ejecutar esta orden; desataron al paciente y lo llevaron, pues no podía sostenerse. Era un joven como de treinta años á quien cruentos dolores desfiguraban el noble rostro.

— ¿Dónde están tus tesoros? — le preguntó la marimacho.

— ¿Dónde está tu mujer? — preguntó el marido.

Ante esta pregunta su horrorosa compañera le lanzó una mirada de odio á la que él respondió:

— La mujer me valdrá de su padre un magnífico rescate; y sólo por eso la quiero.

El joven español indicó con voz apenas articulada, la escondida recámara de la hacienda. Aquella pieza había escapado á las investigaciones de los que exploraban con antorchas la terraza y los corredores. Dejaron de ocuparse en el capitán para correr al cuarto indicado; y algunos momentos después regresó Bocardo. Anunció el encuentro de un barril de pesos; [pero la mujer había desaparecido.

A esta noticia, un relámpago de inmensa alegría brilló en el rostro demacrado del pobre joven, á quien sus tesoros parecían importarle poco con tal de que su esposa se salvara de los ultrajes de los bandidos. La emoción que experimentó, lo hizo desvanecerse otra vez. Don Cornelio se acordó del blanco fantasma que había visto huir á través de los árboles; y no dudó de que fuera la presa que en vano buscaban. Sin embargo, transcurridos algunos instantes, se sintió otro. Los violentos vapores del alcohol que llenaban la sala, el acre olor de las antorchas de resina, se le subían al cerebro, á él, que en su vida había gustado de los licores fuertes? No lo sabemos. Pero el hecho es que se sentía animado por una chispa de aquel fuego que le comunicaban los ojos flameantes de Galeana, cuando combatía á su lado bajo la égida de su terrible lanza.

— ¡ Señor Arroyo ! — exclamó don Cornelio con una voz cuyo tono le asombró á él mismo — y Ud. que se hace llamar el coronel de los coroneles, Udes. respetarán al enviado de Morelos que tiene encargo de decirles que si Udes. continúan deshonrando con inútiles crueldades la santa causa por que combatimos, como cristianos sin miedo y no como bandidos, los descuartizará en cuatro cuartos que se expondrán en los cuatro puntos cardinales.

A esta terrible é injuriosa amenaza, los ojos de Arroyo brillaron de cólera y de rabia. Bocardo se turbó y palideció al oír el nombre de Morelos; y el capitán, asustado de su propia audacia, pero queriendo aprovecharla antes de que se le desvaneciese, continuó :

— Que vengan aquí el negro y el Indio, prisioneros como yo; y si ellos no reconocen que yo soy don Cornelio Lantejas, consiento.....

Arroyo saltó hacia el capitán ; y con ronca voz :

— ¡ Desgraciado de Ud. si su lengua miente ! — le dijo. — ¡ Se la arrancaré para abofetear las mejillas de un impostor !

El capitán se encontraba lanzado á alturas desconocidas; y respondió á esta amenaza con una soberbia sonrisa.

Un minuto después, Clara entró en la sala.

— ¿ Quién es este hombre, perro de negro ? — gruñó el feroz Arroyo.

El negro sonrió de la inteligencia que iba á desplegar; y con aire satisfecho, enseñó sus dientes blancos entre su rostro negro.

— ¡ Es el señor don Lucas Alacuesta, caramba ! — respondió.

Arroyo exhaló un rugido de alegría, cuando Clara, obediente esta vez á las órdenes del capitán, pronunció el nombre por el cual había reemplazado el siempre fatal nombre de Lantejas.

— También tengo otro — replicó sin perder nada de la fiereza de su actitud.

— Don Cornelio Lantejas — agregó Clara.

— ¡ Las pruebas, las pruebas ! — exclamó el guerrillero paseándose como el tigre dentro de su jaula, á vista de espectadores á quienes no puede devorar. — ¡ Las quiero inmediatamente !

Un tumulto violento se dejó oír detrás de la puerta; y entre los confusos gritos, resonaba la voz tonante de Costal. Un hombre abrió y el Indio Zapoteca se lanzó á la mitad de la sala con un cuchillo ensangrentado en la mano y arrollados al brazo izquierdo á guisa de escudo unos vestidos cuya forma no podía distinguirse. Costal se volvió para ponerse frente á sus agresores; pero éstos quedaron inmóviles ante su jefe y uno de ellos dijo que el Indio acababa de matar á puñaladas á uno de los suyos.

— Lo hice para recobrar lo mío, — respondió Costal — ó por mejor decir, lo del capitán Lantejas; y helo aquí.

Y diciendo estas palabras el Zapoteca desenrolló de su brazo el dolmán cuya pérdida destruía las afirmaciones de don Cornelio, quien recibió con una alegría fácil de concebir aquel inesperado favor de la suerte.

— ¡ Aquí están mis pruebas ! — exclamó, apresurándose á sacar sus despachos á través de una enorme abertura que el cuchillo de Costal había hecho en el dolmán antes de llegar al cuerpo del Gaspacho. El puñal los había atravesado de parte á parte y estaban empapados en la sangre del ladrón; pero constituían suficiente prueba de la identidad del capitán y de la verdad de sus aserciones.

Los nombres de Galeana y de Morelos fueron para él, en medio de aquella guarida de bandidos, como el soplo de Dios para Daniel en la cueva de los leones.

Los dos feroces guerrilleros se inclinaron ante esos nombres temidos y respetados.

— Váyase enhorabuena — dijo Arroyo — pero, créame, jamás se vanaglorie delante de nadie de haber usado conmigo el arrogante lenguaje con que me habló.

— En cuanto al Señor Morelos, dígame Ud. que cada uno

combate según su modo de ser y que, á pesar de sus amenazas, no cambiaré el mío.

— A Ud para nada le servirá este dolmán — agregó Bocardo — mientras que yo puedo hallar modo de acomodármelo.

Arroyo lanzó una mirada de desprecio á su compañero; y después de aquellas despedidas que revelaban el carácter de los dos bandidos, el primero dió orden de devolver á los tres prisioneros, las armas y los caballos que les habían quitado. En seguida agregó:

— Que monten seis para traerme á la fugitiva. Enfrenen mi caballo porque yo iré con ellos; y Ud. también, Bocardo, Ud. me acompañará.

Bocardo nada replicó; no así la mujer de Arroyo.

— ¿Qué tienes que hacer con esa correntona? — dijo en tono agrio. — ¿Acaso no tienes el barril de pesos?

— Ya te he dicho para qué la quería — replicó con los ojos chispeantes de cólera y de deseo — para sacar buen rescate de su padre. Tú te quedarás aquí para vigilar el tesoro. Yo iré — añadió lanzando una blasfemia — y te parecerá bien, si no...

El bandido sacó su puñal con un gesto tan amenazador que la mujer no se atrevió á oponerse á la voluntad de su marido.

Mientras tanto, don Cornelio y sus dos compañeros se apresuraron á dejar la hacienda para llegar al lago de Ostuta. — Eran ya las diez y la luna saldría á media noche.

En cuanto al desgraciado don Fernando, nadie pensaba en prodigarle los cuidados que exigía su horrible estado.

Pero antes de acompañar á don Cornelio al misterioso lago y á la montaña encantada, volvamos á Gaspar, el mensajero de Gertrudis, al Zapote su compadre y al coronel Tres Villas á quien hemos dejado entre los bosques de bambú del río.

## CAPÍTULO VI

### DONDE JUAN EL ZAPOTE SIENTE VACILAR SU VIRTUD

Hemos dicho que Caldelas y don Rafael habían fortificado la hacienda del Valle hasta hacerla capaz de resistir á todas las fuerzas de la insurrección en la provincia. Además de tres piezas de campaña suministradas por el gobernador de Oaxaca, don Rafael había obtenido que el gobierno español corriera con el pago de los hombres de la guarnición, cuyo número era más ó menos de cien, y dejándole como comandante en jefe.

Esta carga, poco onerosa por lo demás al tesoro del virrey, habría excedido sobre los recursos del coronel; su fortuna, aunque bastante considerable, no habría sido suficiente, como podía calcularse, para el mantenimiento y equipo de sus soldados durante cerca de dos años.

El sueldo era para él mismo muy módico; pero los derechos de peaje pagados por todo el comercio que se hacía entre Puebla y Oaxaca y que recogía el comandante de la hacienda, lo doblaban y aun más, de donde resultaba que la guarnición ni pensara en quejarse de la prolongación ni de las fatigas de un servicio tan bien retribuido.

El teniente Veraegui, hombre bravo, emprendedor y